

con la ropa empolvada del trabajo, habia cierta fiereza y apariencia, más noble aún que la mostrada en las Arenas donde su gracia se engalanó, á pesar de todo, con un barniz teatral. Y los viejos aires del rústico instrumento, poetizados con el silencio y la soledad de un bello paisaje, parecia como que despertaba de su sueño de piedra á aquellas ruinas que doraba el sol poniente. El viento habia caido. El sol, declinando, iluminaba oblicuamente la linea violeta de los montes, y forjaba en las concavidades de las rocas una verdadera apariencia de estanque de pórvido líquido, de oro en fusion, y sobre el horizonte, una vibracion luminosa, las cuerdas tirantes de una lira ardiente, de la que semejaba la sonoridad el canto continuo de las cigarras y el sonido del tamburin.

Hortensia estaba encantada; habiase sentado sobre el parapeto de la antigua torre, y apoyaba los codos en un trozo de columnita, de debajo de la cual salia un raquitico granado, y escuchaba y admiraba, dejando divagar su cabecilla romántica, llena de leyendas recogidas durante el viaje. Imaginábase que veia el viejo castillo levantarse de sus escombros, enderezar sus torres, redondear sus poternas, las arcadas de su claustro, llenas de hermosas de encorcelada cintura y de pálida fisonomía, á la que los grandes calores impiden colorearse. Ella misma imaginábase princesa de Baux, y que el músico que le daba la bienvenida era príncipe tambien, acaso el último de los Valmajour, bajo los hábitos del campesino. Y concluida la cancion, como se dice en las crónicas de los torneos de amor, ella cortó un ramito del granado, del que pendia una flor purpúrea, y la dió por precio de la bienvenida al hermoso músico, quien con mucha galanteria la colgó en los cordelillos de que pendia su tambor.

VI.

¡ Ministro!

Tres meses han pasado desde el viaje al monte de Cordone. Las cámaras acaban de abrirse en Versálles, bajo un verdadero diluvio de Noviembre, que envuelve ambos Cuerpos Colegisladores en húmeda tristeza y en la oscuridad, pero que no basta á enfriar las cóleras políticas. La legislatura debe ser terrible. Los trenes de diputados se cruzan, se siguen, silban, gruñen, sacuden sus columnas de humo amenazador, animados á su manera por los odios y las intrigas, que conducen bajo torrentes de lluvia; y en esta hora, que podria llamarse del wagon, en la que domina el ruido de la rueda sobre el hierro, continúan las disensiones con la misma aspereza y furor que en las tribunas. El más agitado, el que más bulla mete es Roumestan. Desde la reapertura ha pronunciado ya dos discursos. Habla en las comisiones, en el salon de conferencias, en los corredores, en la estacion, en el restaurant, y hace temblar la bóveda de cristal de los salones de la fotografia en los que se reunen todas las derechas. No se ve otra cosa por doquiera más que su silueta removedora, aunque pesada, sus anchos hombros, temidos por el ministerio que está en tren de derribar segun las reglas, como listo y vigoroso luchador del Mediodía. ¡ Ah, qué léjos están ya el cielo azul, los tamborines, las cigarras, toda la luminosa decoracion de las vacaciones!

Numa ya no piensa en ella ni un minuto; envuelto en el torbellino de su doble vida de abogado y de hombre político, sólo se preocupa de sus negocios. Como el viejo Sagnier al entrar en la Cámara, no ha renunciado á los tribunales, todas las tardes, de las seis á las ocho, sus clientes acuden á su despacho de la calle de Scribe. Este despacho está montado como una legacion. Hay en él un primer secretario, brazo derecho del jefe, su consejero, su amigo; es un excelente abogado y hombre de negocios, llamado Mejean, meridional como todo el personal que rodea á Numa; pero del mediodía cevenol, del mediodía pedregoso que se parece más á España que á Italia, y guarda en sus ademanes, en sus palabras, la prudente reserva y el buen sentido práctico de Sancho. Grueso, robusto, ya calvo, con el tinte bilioso de los grandes trabajadores, Mejean hace solo toda la faena del despacho, maneja los legajos, prepara los discursos, procura meter los hechos dentro de las sonoras frases de su amigo, de su futuro cuñado, segun dicen los que pasan por bien informados. Los otros secretarios son Rochemaure y de Lappaza, jóvenes ambos, emparentados con la más antigua nobleza provenzal; sólo están en el despacho del abogado por adorno; en realidad, lo que hacen en casa de Roumestan es su noviciado político. Es Lappaza un buen mozo, grandullon, de tinte cálido, de barba fuerte, hijo del viejo Marqués de Lappaza, jefe del partido en el Bordeles, muestra bien el tipo del criollo meridional, hablador, aventurero, aficionado á desafíos y á huelgas. Cinco años de París, cien mil francos derretidos en el casino, y pagados con los diamantes de su madre, han bastado para darle el tinte del *boulevard*, el buen tono de pollo elegante. El vizconde Charlexis de Rochemaure, compatriota de Numa, es persona muy distinta del ardiente Lappaza. Educado por los Padres de la Asuncion, estudió derecho en provincias, bajo la vigilancia de su madre y de un abate, y conservó de su edu-

cacion candores y timideces de levita, que contrastaban con su ejecutoria de Luis XII, descubriéndose en él á veces el aire de un refinado y de un mojigato.

El gran Lappaza se propuso iniciar á este jóven Paurceaynac en la vida parisiense, enseñándole á vestirse, lo que es de gusto y lo que no lo es, á andar con la nuca adelante, con boca de estúpido, á sentarse de golpe con las piernas extendidas para no hacer rodilleras en los pantalones. Quiso hacerle perder la fe incauta en los hombres y las cosas y el gusto por el trabajo; pero no, el Vizconde amaba su faena, y cuando Roumestan no lo llevaba á la cámara ó al tribunal, pasaba horas enteras escribiendo y revoiviendo papeles en la mesa instalada por los secretarios, inmediata al gabinete del jefe.

El Bordeles hacia todo lo contrario. El día en que pasan las escenas bosquejadas en este capítulo habia arrastrado hasta cerca de la ventana una butaca, y con las piernas extendidas y el cigarro en la boca veía caer la lluvia, y los carruajes que se detenian ante la acera delante de la casa, porque era juéves, día en que recibia madama de Roumestan. ¡Cuánta gente y aún no ha concluido! ¡todavía llegan coches! Lappaza que se gloria de conocer á fondo las grandes libreas de París, las anuncia á su colega en alta voz: « La Duquesa de Sanudonino..... El Marqués de Bellegarde..... Mazette..... Tambien los Marcel..... Pero ¿qué hay? ¿qué significa esto? » Así diciendo, volviése hácia un flaco y largo personaje, que secaba delante de la chimenea sus guantes de punto, su pantalon de color, demasiado delgado para la estacion y remangado por encima de las botinas de tela para no enlodarlos, y le dijo:

— ¡Hola, Bompard! ¿Sabeis algo de nuevo?

— ¡Ya lo creo que sé!

Bompard era el mameluco de Roumestan, especie de cuarto secretario, que hacia el trabajo externo yendo á inquirir noticias y paseando por París la gloria de su patron. Este oficio

no le enriquecía, á juzgar por su apariencia; mas no era culpa de Numa. Una comida diaria, un par de duros de cuando en cuando era cuanto podía hacer aceptar á tan singular parásito, cuya existencia era un enigma hasta para sus amigos más íntimos. Preguntarle, por ejemplo, si sabía algo; dudar de la imaginación de Bompard, era una candidez.

— Sí, señores..... sé algo y muy grave.....

— ¿Qué sabeis?

— Acaban de tirar un tiro al Mariscal.

Hubo un instante de estupor. Los jóvenes se miraron conmovidos, y Lappaza, sin moverse de su butaca, preguntó tranquilamente:

— Y nuestros asfaltos, ¿qué se han hecho, buen amigo?

— ¡Ah! Los asfaltos..... Ahora tengo un negocio mucho mejor.

Sin sorprenderse por el poco efecto producido por la noticia del asesinato del Mariscal, empezó á exponer su nueva combinación.

— Es un negocio tan soberbio como sencillo. Se trata de ganar los 120.000 francos de prima que paga cada año el Gobierno federal para los tiros federales.

Bompard había sido cazador de gorriones en su juventud, y le bastaría practicar un poco para asegurarse los ciento veinte mil francos de renta hasta el fin de su vida. Todo se reducía á pasearse por Suiza, con la escopeta al hombro á pequeñas jornadas de canton en canton.

El visionario se animaba, hacía descripciones, subía á las neveras, bajaba á los valles, y cruzaba los torrentes y sacudía las avalanchas ante los jóvenes, que le oían estupefactos. De todas las invenciones de aquel cerebro frenético aquella era la más extraordinaria, expuesta con aire convencido, con mirada febril, que revelaba un fuego interior que desbordaba por la frente cruzándola de profundas arrugas.

La brusca entrada de Mejean, que volvía del Tribunal muy sofocado, acabó con sus divagaciones.

— ¡Gran noticia!... dijo arrojando sobre la mesa la bolsa de los papeles.... ¡ Ha caído el Ministerio!

— ¡ Es posible!

— Roumestan es ministro de Instrucción pública.

— Ya lo sabía, dijo Bompard.

Y viendo que sonreían, añadió:

— Perfectamente, señores..... Yo estaba allá abajo y ahora llego.

— ¿ Y por qué no lo deciais?

— ¿ Para qué? si nunca me creen.

— ¡ Roumestan ministro!

— ¡ Ah, hijos míos, qué listo es nuestro jefe! repetía el grandullon de Lappaza, extendiéndose en su butaca y con los pies en dirección del techo..... ¡ Con qué destreza ha manejado su negocio!

Rochemaure se endereza, se escandaliza y dice:

— No hablemos de destreza, querido..... Roumestan es toda una conciencia..... Él va por el camino recto adelante como una bala.

— Ante todo, querido, ya no hay balas; no hay más que granadas, que hacen así..... y con la punta de la bota, levantando en arco la pierna, describía la curva que hacen los proyectiles huecos.

— Siempre serás bromista.

— Señores..... señores.....

Mejean pensaba entre tanto en la singularidad de la complicada naturaleza de Roumestan, que aún, visto de cerca, podía ser juzgado tan diversamente, que unos le tuvieran por un hombre sin conciencia, y otros por toda una conciencia. Esta doble corriente de opiniones se reflejaba en el público, y él, que lo conocía mejor que nadie, sabía hasta dón-

de llegaba la ligereza y la pereza que modificaban el temperamento de su amigo ambicioso. ¿Pero era verdadera la noticia de que lo habian hecho ministro? Ansioso de asegurarse, Mejean pasó á las habitaciones de madama Roumestan.

Desde la antesala, donde los lacayos esperaban con los abrigos de pieles al brazo, se apercibía el murmullo de las voces que resonaban en la sala, á pesar de lo alto de los techos, de los tapices y coladuras que lo atenuaban. Habitualmente recibía Rosalía en su saloncito, que simulaba un jardín de invierno, en el que sólo penetraba la luz por el tamiz de las hojas de plantas de todas clases y de arbustos colocados ante las ventanas. Esto bastaba á su intimidad y carácter de *burguesa* parisiense, oscurecida á la sombra de su gran hombre, desinteresada de toda ambicion, y pasando fuera del pequeño círculo en el que estaba reconocida su superioridad por una buena persona que carecía de importancia; más aquel día las dos piezas de recepcion estaban llenas, y sin cesar entraban nuevos amigos y hasta gentes apenas conocidas, fisonomías que Rosalía no hubiera podido designar por sus nombres. Estaba sencillamente vestida con un traje de reflejos violetas, que mostraba su esbelta cintura, la elegante armonía de su persona, y acogía á los que llegaban con igual sonrisa, aunque algo forzada, con aquel airecillo de que hablaba en otro tiempo la tía Portal. Ella no mostraba el menor deslumbramiento por su nueva fortuna; ántes bien, algo de sorpresa y de inquietud; y se adelantaba de grupo en grupo, mientras los criados encendian las lámparas y candelabros, y el salón tomaba el aspecto de las noches de fiesta, ostentando sus ricos tapices orientales con colores brillantes, que los hacían parecer bordados de pedrería.

Al ver al señor Mejean, Rosalía se le acercó, feliz al ver un amigo íntimo entre aquella turba mundana. Ambos se com-

prendían: el Meridional y la Parisiense tenían idénticas maneras de juzgar y de ver, y equilibraban bien las debilidades y los arrebatos de Numa.

—Venía para asegurarme de la verdad de la noticia; pero ahora ya no tengo duda, dijo Mejean.

Ella le dió el telégrama que le habia mandado su marido, y le dijo por lo bajo: «¿Qué decís de esto?»

—Es pesado, pero iréis al Ministerio.

—Y vos también, dijo ella estrechando su mano, y dejándole para recibir á los que llegaban.

Nadie se marchaba; todos esperaban al *Leader*; querían saber de su boca los detalles de la sesión, y como de un estrechazo los habia estrujado á todos. Ya los últimos llegados repetían los ecos de la Cámara, frases sueltas de los discursos, que producían un estremecimiento de satisfacción en los oyentes. Las mujeres, sobre todo, mostraban su apasionada curiosidad. Bajo los grandes sombreros que empezaban á entrar en escena, sus lindas caras se coloreaban con ese ligero sonrosado, con esa fiebre característica de los jugadores de Monte Carlo. ¿Eran acaso las modas de la Fronda, los chambergos con largas plumas, lo que les impulsaba así á la política? Todas aquellas damas parecían muy fuertes, y en el más perfecto lenguaje parlamentario, agitando sus manguitos para interrumpir, celebraban la gloria del nuevo Ministro. «¡Qué hombre! ¡Qué hombre!» repetían en coro.

En un rincón de la sala, el viejo Béchut, profesor en el Colegio de Francia, hombre feo, todo nariz, gorda nariz de sabio; que caía sobre los libros, con pretexto del éxito de Roumestan discutía una de sus tesis favoritas; la flaqueza del mundo moderno procede del puesto que toman en él la mujer y el niño. Ignorancia y trapos, caprichos y ligerezas. «Y bien, señor, la fuerza de Roumestan consiste en eso. No ha tenido hijos y ha sabido librarse de la influencia femenina....»

Esto explica el que haya seguido la línea recta con tal firmeza. Ni curva ni ruptura.»

El grave personaje á quien se dirigía era un alto funcionario del Tribunal de Cuentas. Su mirar era ingenuo; pequeño y redondo el cráneo, en el que el pensamiento hacía el ruido del grano que cae en una calabaza vacía; y oyendo al otro se inflaba magistralmente y aprobaba lo que decía con ademán que significaba:

«Yo también, señor, soy hombre superior.... yo también escapo á la influencia de que habláis.»

Viendo que se acercaban para escuchar, animóse el sabio y citó ejemplos históricos, tales como César, Richelieu, Federico de Prusia, Napoleón; probando científicamente que la mujer estaba muchos escalones más baja que el hombre en la esfera de la inteligencia. «En efecto, añadía, si examinamos los tejidos celulares....»

Más curioso que el exámen de esos tejidos eran las fisonomías de aquellas señoras, que los escuchaban sentadas una al lado de la otra y tomando una taza de té, pues acababan de servir esta pequeña merienda, que mezcla á la excitación de las conversaciones el sonido de las cucharas finas que chocan con la porcelana del Japon, el cálido vapor del Samonar y las pastas que salen calientes del horno.

La más jóven, madame Boé, había, por sus influencias de familia, convertido á su esposo, noble arruinado, acerbillado de deudas, en magistrado del Tribunal de Cuentas, y todo el mundo temblaba al saber que la inspección del empleo de los dineros públicos estaba en manos de aquel derrochador, que tan rápidamente había devorado la fortuna de su mujer y la suya. Cuanto á Madama Bechut, en otros tiempos hermosa, aún conservaba sus grandes ojos espirituales, una fisonomía con facciones finas, á la que sólo la boca hacía traición con una especie de movimiento doloroso, que revelaba los com-

bates contra la vida, el encarnizamiento de una ambición sin descanso ni escrúpulos, consagrada á elevar á los primeros puestos la medianía de su sabio marido, para el que había forzado las puertas del Instituto y del Colegio de Francia, por medio de sus relaciones desgraciadamente demasiado conocidas. Todo un poema parisiense se leía en las sonrisas que aquellas dos mujeres cambiaban por encima de sus tazas. Acaso brujuleando bien entre aquellos señores se hubieran encontrado muchos otros á quienes no había perjudicado la influencia femenina.

De repente entró Mr. Roumestan, que en medio del tumulto de los visitantes que le daban la bienvenida, atravesó rápidamente el salón hasta llegar adonde estaba su esposa, á la que dió un beso en cada mejilla ántes que ella pudiera defenderse de esta manifestación un poco embarazosa, pero que era el mejor mentís dado á las aseveraciones del fisiologista. Todas las señoras exclamaron: «¡Bravo, bravo!» Hubo en seguida muchos apretones de manos y muchas efusiones amistosas; pero se restableció el silencio cuando el nuevo Ministro, apoyado en la chimenea, comenzó la relación de la jornada. El gran golpe preparado desde hacía una semana, las marchas y contramarchas, la desesperada rabia de la izquierda en el momento de la derrota, el triunfo por él obtenido, su centelleante aparición en la tribuna, hasta las entonaciones de su oportuna respuesta al Mariscal, diciéndole: «Eso depende de vos, señor Presidente», todo lo precisab acon alegría y calor comunicativo.

Después tornóse grave y enumeró las pesadas responsabilidades del puesto que ocupaba hacia algunos instantes. Había que reformar la Universidad, preparar la juventud para la realización de grandes esperanzas, frases cuyo sentido todos comprendieron y saludaron con entusiasmo; pero él contaba con rodearse de hombres ilustrados, hacer una llamada

á las buenas voluntades, á todas las adhesiones, y conmovido las buscaba en el círculo de que estaba rodeado, diciendo :

«Cuento con mi amigo Beclut, y con vos tambien, querido Boé.»

Aquella hora era tan solemne, que nadie se preguntó á sí mismo en qué podia servir para la reforma de la Universidad la nulidad del magistrado del Tribunal de Cuentas. Por lo demas, el número de personas de igual fuerza á quienes Roumestan habia pedido aquella tarde su colaboracion para los grandes deberes de la instruccion pública era verdaderamente incalculable. Para las nobles artes se encontraba más á sus anchas, seguro de que nadie negaria su competencia.....

Un murmullo halagador de risas, de interjecciones, le impidió continuar. Todo París reconocia su aptitud, y hasta sus enemigos le consideraban como el hombre indicado. En fin, habria un Jurado, teatros líricos y arte oficial. El Ministro puso fin á los ditirambos, y observó con tono familiar y risueño que el nuevo Gabinete se componia casi exclusivamente de meridionales. De los seis ministros, el Perigord, el Bordeles, el Languedoc y la Provenza habian dado cuatro, y excitándose añadía :

—«¡ El Mediodía sube! ¡ El Mediodía sube!..... París nos pertenece, y con él lo tenemos todo. Señores, debéis tomar nuestro partido. Por segunda vez los latinos han conquistado la Galia.»

Él era en verdad un latino de la conquista, con su cabeza de medalla, su tinte cálido y sus bruscos ademanes, tan impropios de aquel salon parisiense. Entre las risas y aplausos producidos por su discurso final, se alejó rápidamente de la chimenea, como buen comediante que sabe retirarse en cuanto ha producido el efecto; hizo un signo á Mejean para que le siguiera, y desapareció por una de las puertas interiores, dejando á Rosalía el cuidado de excusarlo. Él comia en Versá-

lles con el Presidente de la República, y apenas le quedaba tiempo para prepararse y firmar algunas cartas.

—Venid á vestirme, dijo al doméstico, que estaba poniendo en la mesa los tres cubiertos para el señor, la señora y Bomparé, en torno del ramillete que Rosalía hacia poner en la mesa y renovar cada vez que á ella se sentaba.

El nuevo ministro estaba gozoso de no comer aquel dia en su casa. El entusiasmo tumultuoso que habia dejado tras la puerta cerrada de su salon lo excitaba á buscar el mundo y su ruido. Ademas, el meridional no es el hombre del hogar doméstico. Son las gentes del Norte, de los climas inhospitalarios, las que han inventado el hogar, la intimidad del círculo de las familias, al que en la Provenza y en Italia prefieren las terrazas, el ruido y la agitacion de la plaza pública.

Entre el comedor y el despacho del abogado estaba el saloncillo de espera, ordinariamente lleno de clientes del abogado á aquella hora. Aquella noche los habia despachado Mejean, pensando, con razon, que Numa no podria darles audiencia. Sin embargo, se habia quedado uno, gran mozo por cierto, empaquetado en un traje comprado en almacen de ropa hecha, y llevado con tan poco garbo cual pudiera sargento vestido de paisano.

— ¡ Eh! Adios..... Señor Roumestan..... ¿ Cómo va?..... ya hace tiempo que os esperaba.

Numa no se acordaba dónde, pero le parecia haber visto ántes en alguna parte al personaje que así le hablaba.

— ¿ Ya no me conocéis?..... Yo soy Valmajour el tamborilero.....

— ¡ Ah! sí, muy bien..... perfectamente.

Numa quiso pasar; pero Valmajour se plantó ante él y empezó á contarle que habia llegado la antevíspera.

— Solamente, ya sabéis, no he podido venir más pronto.

Cuando se desembarca así con toda una familia en país desconocido es difícil instalarse.....

—¿Con toda una familia? dijo Roumestan abriendo desmesuradamente los ojos.

—Ya se ve que sí; el papá, la hermana..... hemos hecho lo que nos dijisteis.

El Ministro hizo un gesto de embarazo y de despecho, como siempre que se encontraba en presencia de una de esas cartas de pago, de uno de esos plazos, tomados por él con entusiasmo á impulso de su necesidad de hablar, de dar, de ser agradable..... En verdad, él quisiera servir á aquel buen muchacho..... Vería, buscaría el medio..... pero aquella noche tenía mucha prisa..... Circunstancias excepcionales..... El favor con que el Jefe del Estado..... Viendo que el campesino no se iba, le dijo bruscamente: «Entrad aquí», y lo metió en el despacho.

Mientras que, sentado ante la gran mesa, leía y firmaba apresuradamente muchas cartas el amo de la casa, Valmajour miraba aquella vasta habitación suntuosamente tapizada y amueblada; la estantería de la biblioteca, que cubría las paredes rematando en bronce, bustos y objetos de arte, recuerdos de causas gloriosas, entre los que sobresalía el retrato de Enrique V, cuya firma se veía debajo, al pié de algunas líneas escritas de su puño y letra, y el campesino se sentía impresionado por la solemnidad del sitio, la grandeza de los esculpidos sillones, el gran número de libros, y sobre todo por la presencia del criado, correcto, vestido de negro, que iba y venía, colocando con precaución en los sillones la ropa blanca y los vestidos del amo. Allá abajo, á la cálida luz de la lámpara, veía la buena y ancha faz, el conocido perfil de Roumestan, y esto le tranquilizaba un poco. Cuando hubo despachado el correo, el gran hombre se puso en manos del ayuda de cámara, y con la pierna extendida, para que le sacara el

pantalón y las botas, interrogaba al tamborilero, y no sin terror oía de su boca que los Valmajour, ántes de salir para París, lo habían vendido todo, moreras, viñas y casa.

—¡Habeis vendido la casa, desgraciados!

—Á la hermana no le faltaba miedo..... pero el papá y yo nos mantuvimos firmes..... Como yo le decía: ¿qué temes tú que arriesguemos cuando Numa está allá abajo y es él quien nos hace ir?

Necesaria era toda su inocencia para que se atreviese á hablar del Ministro con tan poca ceremonia en su presencia; pero no era esto la que más molestaba á Roumestan. Pensaba en los numerosos enemigos que ya le había proporcionado su incorregible manía de hacer promesas. ¿Qué necesidad tenía yo de ir á turbar la vida de esos pobres diablos? Pensando así, recordaba los más mínimos pormenores de su visita al monte de Cordone; las resistencias de la campesina y sus frases para decidirla. Y todo ¿por qué? ¿Qué demonio había en el tamborilero? El campesino le parecía horroroso. Numa ya no se acordaba de su talento; sólo veía la tarea que se había echado encima. De antemano oía los reproches de su mujer y sentía el frío de su mirada severa. La oía decir: —«Las palabras significan algo.»

En su nueva posición, al comienzo de todos los favores de la fortuna, ¿cuántos embarazos no le iba á crear su fatal benevolencia! Sin embargo, la idea de que era ministro, el conocimiento de su poder le tranquilizaron casi inmediatamente. ¿Acaso á tales alturas pueden preocupar las tonterías? Dueño absoluto en las Bellas Artes, con todos los teatros bajo su mano, nada le costaría ser útil á aquel desgraciado. Realizado á sus propios ojos, cambió de tono con el campesino, y para impedirle que se familiarizara con él, le hizo saber solemnemente, de muy alto, á qué importantes dignidades acababa de ser elevado. Desgraciadamente, en aquel

momento estaba á medio vestir, sin zapatos, lo que le hacia parecer más pequeño y con la panza prominente envuelta en la blanca franela de los calzoncillos, y Valmajour no pareció conmoverse al oír la mágica palabra de ministro, que no se ligaba en su mente con la estampa de aquel hombre barrigudo en mangas de camisa, y continuó llamándole señor Numa, y continuó hablándole de su música, de los nuevos aires que habia compuesto, vanagloriándose de no temer la rivalidad de ningún tamborilero de París.

— Esperad..... vais á oír..... y diciendo esto iba á dirigirse á la antesala para traer el tamborin; pero Roumestan lo detuvo diciéndole :

— ¡Qué diablo! Ya os he dicho que tengo prisa.....

— Bien va..... Otro día será..... replicó á esto el campesino, con el aire más bonachon imaginable; y viendo que Mejean se acercaba, creyó deber á su admiración la historia del flautin con tres lenguas :

— *Esto se me ocurrió de noche, oyendo cantar al ruiseñor. Yo pensaba en mí mismo : ¡Cómo! Valmajour.....*

Era la misma relacion que habia hecho allá abajo en la estrada de las Arenas. El éxito le habia hecho conservarla en la memoria y reproducirla luégo ingénuamente; mas en esta ocasion la recitaba con timidez y su emocion aumentaba por minutos á medida que veia á Roumestan trasformarse ante él y aparecer en la ancha y blanca pechera los botones de perlas, y el frac negro, de corte severo, que el ayuda de cámara le ponía.

Ahora el señor Numa le parecia más grande: su cabeza erguida, que no inclinaba temeroso de arrugar el cuello, y la larga corbata, daban á su aspecto solemne rigidez, y los pálidos reflejos del gran cordon de Santa Ana colgado al cuello, y la gran placa de Isabel la Católica, que brillaba como un sol en su pecho, le hacian parecer otro hombre á los

ojos del campesino, que de repente se sintió poseido de un respeto parecido al miedo, comprendiendo al fin que estaba en presencia de uno de los privilegiados de la tierra, de un sér misterioso, casi quimérico, del poderoso ministro hácia el que los votos, los deseos, las súplicas, las plegarias no se llevan más que en papel de gran tamaño; tal está él de levantado, que los humildes nunca lo ven; hasta tal punto es soberbio, que no se atreven á pronunciar su nombre más que á media voz con una especie de temor concentrado y con el énfasis de la ignorancia : ¡El Ministro!

Tan turbado estaba el pobre Valmajour, que apenas entendió las benévolas palabras con que Roumestan lo despachaba invitándole á volverle á ver, pero despues que pasáran quince días, cuando ya estuviese instalado en el Ministerio.

— Va bien, va bien, señor Ministro.....

Diciendo esto, se dirigia á la puerta andando hácia atras, deslumbrado por el brillo de las condecoraciones y por la extraordinaria expresion de Numa transfigurado. Éste quedóse tan hueco al ver la súbita timidez del campesino, que le daba la más alta opinion de lo que llamó desde entónces *su aire ministro*, el tipo majestuoso, el gesto reservado, el grave fruncimiento de las cejas.

Algunos instantes despues el coche conducia á Su Excelencia á la Estacion del ferro-carril, olvidando el grande hombre el ridiculo incidente del campesino con el movimiento acunador del cupé, que lo llevaba rápidamente hácia altos y nuevos destinos.

Ya preparaba los efectos de su primer discurso; combinaba sus planes; su famosa circular á los rectores; pensaba en lo que diria el país y Europa al siguiente día al saber su nombramiento, cuando á una vuelta del boulevard, á la luz del gas, sobre el húmedo asfalto, se apareció el tamborilero plantado junto á la acera, con su larga caja, que le caía sobre las piernas.

Ensoberbecido, aburrido el pobrete, esperaba para atravesar la vía pública un instante de parada en el movimiento de los carruajes, innumerables á aquella hora en todo París, pues es la hora en que vuelven apresurados á sus domicilios, así los carretones de mano, que desfilan entre las ruedas de los coches, como los ómnibus llenos y los tranvías, cuyas cornetillas avisan á los transeuntes para que se pongan á salvo.

En la noche, que se venía encima á más andar; en la calle cubierta de lodo, entre el vapor de aquella multitud en actividad, el desgraciado tamborilero parecía perdido, sin darse cuenta de dónde estaba, con la mirada en el suelo, como si lo aplastáran las altas paredes de las casas de cinco pisos, y se parecía tan poco al soberbio Valmajour, que tocando su tamborin espantaba á las cigarras en la puerta del ruinoso castillo del monte de Cordoue, que Roumestan apartó la vista, sintiéndose sobrecogido de un remordimiento, que durante algunos minutos cubrió como con una sombra de tristeza el deslumbramiento de su triunfo.

VII.

El pasaje del Salmon.

Al fin fueron á París los Valmajour, y provisionalmente, mientras llegaban los muebles, mandados por pequeña velocidad, se apearon en el famoso pasaje del Salmon, al que van de tiempo inmemorial los viajeros de Aps y sus cercanías, y del que la tía Portal había conservado recuerdo tan sorprendente.

Una pieza y un gabinete aguardillados servían de habitación á toda la familia. Los dos hombres se embutían en el gabinete, que parecía una leñera, donde no entraban luz ni aire; pero la salita, que era un poquito más grande, les parecía soberbia con su cómoda de caoba roída por la polilla, su alfombra raída, que dejaba ver los ladrillos gastados, y su ventana aguardillada, por la que se veía un poco de cielo, tan amarillento, tan confuso como la larga montera de cristales que cubría el pasaje. En aquel nicho la familia conservaba el recuerdo del país, con el olor de ajos y de cebollas, y guisando ellos mismos en un fogoncillo su exótico alimento. Al viejo Valmajour, que era gloton, le gustaba la compañía y hubiera preferido bajar á la mesa redonda, porque le exaltaba ver el blanco mantel y las vinagreras y saleros de plaqué, y mezclarse en la ruidosa conversacion de los representantes del comercio, á quienes oía reír desde su quinto piso á las